

Una vez fue septiembre

Elliott Winfrey

Texto © 2014, Elliott Winfrey
Todos Los Derechos Reservados

INDICE

PREFACIO

CAPITULO I: La pequeña ciudad.

CAPÍTULO II: Noticias.

CAPITULO III: La vida.

CAPITULO IV: La gran ciudad.

CAPITULO V: Amor y odio.

CAPITULO VI: Miedo.

CAPITULO VII: Riña.

CAPITULO VIII: Septiembre.

CAPITULO IX: Casa.

CAPITULO X: El clarinete.

PREFACIO

“No existen libros morales o inmorales, los libros están bien o mal escritos. Eso es todo”. Tales fueron las palabras más agradables del libro de tapa azul que me regalaste cuando estaba cerca de cumplir catorce.

Han sido una suerte de premonición. No recuerdo el párrafo, pero más adelante agrega que la felicidad acaba siendo inmoral en una sociedad exageradamente moral.

Tal es el convencimiento que me ha puesto a escribir.

Europa, Universidad de... 03 de enero de 2013

CAPITULO I: La pequeña ciudad.

La pequeña ciudad, en la que despreocupadamente caminaba en mi niñez llevado de la mano por mi ama, unos años después, resultaba enorme. Sus calles empinadas, transitadas por exuberantes desconocidos, perdieron su dulzura; las deslumbrantes montañas se redujeron a tapasoles; el maravilloso cuadro de casas blancas y rojos tejados no pasaron de ser simples moradas; los empedrados caminos y los senderos boscosos no volvieron a sugerirme una aventura: al igual que el desconcierto por el cielo y el movimiento de las nubes, dejaron de interesarme para siempre.

Nuestra casa en la pequeña ciudad de... contaba con sólo dos habitaciones. Papá la había comprado como casa de verano, por esto, cuando mamá y yo nos mudamos, sólo dispusimos de las dos camas que usábamos cuando vacacionábamos con mi padre, una cocina rudimentaria y un bar surtido con el mejor gusto.

La explicación de la repentina mudanza que me dio mi padre se redujo a que necesitaba que nosotros estemos lejos; en un lugar del mundo que nadie más necesitaba conocer, así lo exigían repentinos asuntos que precisaban toda su atención.

Por pedido de papá, no hicimos maletas ese vetusto enero en que todavía disfrutábamos de las ventajas de nuestra residencia en Hampstead. Nos colmó de apresuradas palabras de afecto y promesas de mejor suerte antes de entregarnos a su malhumorado chofer. Pero la premura de esa noche no impidió que mamá viaje con su clarinete, ese instrumento de ensueño que, solía decir, concibe mundos

extraordinarios como si fueran recuerdos perdidos, y en el que el abuelo grabó alguna vez: *Ana, c'est ça* poco después de ver los ojos vidriosos de mamá durante un homenaje a Mozart de la orquesta nacional.

A pesar de haber visitado en mi niñez la pequeña ciudad de... y haber contemplado encantado los eternos herbazales, las ruinas fortificadas que custodia el río..., los blancos mantos de las cimas de otoño, los techos de bermellón asurado; esta vez, simplemente, me encontraba en un estado de repulsión somático: los sinuosos caminos empedrados, las adormecidas aguas del ..., el pintoresco cielo, las caras anónimas, todo me provocaba repugnancia, incluso la prolija biblioteca que papá completaba estoicamente enviándonos libros por correo.

Hermann Hesse decía que el joven Siddhartha participaba a una corta edad de las conversaciones de hombres sabios. Bien. Mi padre esperaba algo parecido de mí. En Hampstead, por su influencia, había leído gran parte de la obra antigua, moderna y contemporánea; hablaba perfectamente el inglés, francés y el italiano; tocaba la lira y el violín y, además, encarnaba inconscientemente una suerte de personaje misterioso o, al menos, era lo que, según mamá, las mujeres susurraban cuando me miraban a la distancia porque –decía– me encontraban apuesto y, por alguna razón desconocida, siempre creemos que las cosas bellas encierran un misterio o algo igual de bello.

Demoramos pocas semanas en amoblar la casa, abastecer la cocina y vestir las estancias con el cortinaje reguarneado que adoraba mamá; contratamos un maestresala que durante los primeros dos meses miraba tan descaradamente a madame Anne que acabamos confundiéndole con una suerte de acosador encubierto. Le echamos y contratamos a Sophie, una viuda de cuarenta y tres años sin destreza para el oficio, pero que, por lo menos, puso fin a las incómodas entrevistas.

–Tu papá te ha enviado algo –dijo mamá.

–¿Un pasaje de regreso?

–No te hagas ilusiones. Pero, en serio, parece que tiene un regalo para ti. Toma.

–¿Este libro es para su biblioteca o para mí? ¿Acaso no sabe lo que quiero?

–No te desespere. Te he dicho que pronto estaremos paseando en la colina de Hampstead Heath de nuevo.

–Madame Anne –interrumpió Sophie–. Monsieur Sebastián está en el teléfono.

–Contesta –dijo mamá– señalándome el aparato con su cabeza.

La conversación fue fatigante. Papá siempre me envolvía con disquisiciones del espíritu renacentista, pero, afortunadamente, mamá sabía poner un contrapeso a esas rigurosidades intelectuales con su empirismo y su sonrisa.

–Sí. Gracias –me despedí por fin–. Pero ahora leo algo en internet. Lo leeré cuando acabe.

–Okay, hijo. No olvides pedirle a...

–¿Sophie?

–Ajá. Que espere dos días más. El banco más cercano está a diez horas y mañana regreso a Londres.

–¡No cuelgues! –prorrumpió repentinamente mamá abalanzándose sobre mí para quitarme el teléfono.

Mis padres acababan de reconciliarse. Después de tres meses sin dirigirse palabra, ahora hablaban largamente, con cualquier excusa,

aunque me disgustaba que me oculten su conversación y, aún peor, que mamá se encierre en su habitación por dos o tres horas con la radio o la televisión encendida para que no pueda escuchar nada. Estaba seguro que trataban los hechos que nos mantenían lejos de Hampstead. Por otro lado, mamá siempre sorteaba impecablemente el tema cuando intentaba abordarlo.

—¿No ibas a salir? —me preguntó cruzando dulcemente los brazos que descubría su fina blusa beige sin mangas.

—Sí. Estoy esperando que venga el gordo. No demora.

—Intenta divertirte. Eres joven —me dijo sonriendo— ¡Disfruta tu cumpleaños!

El problema de las pequeñas ciudades es que no sugieren grandes sorpresas. No me costó más de una semana acostumbrarme a los escasos lugares, calles y caras que componían la ciudad. Sin duda era un pueblo hermoso, pero extenuantemente tranquilo: del tipo de cosas que complacían a mi padre.

—¡Por acá, Elliott! —Me gritó, sin aliento, el gordo que había corrido delante de mí para encontrarse con Melanie y su prima que llevaban esperándonos casi diez minutos en la esquina del único club de la ciudad.

—Nací en Francia, pero crecí en Florencia-Italia. —Le contesté a Victoria echando el humo de mi Camell mientras caminábamos al club—. Mamá es americana y Papá, francés.

No mentía por capricho. La verdad no es importante si la mentira tampoco lo es; y, para personas como Victoria, Melanie y el gordo, estas cosas no parecían serlo. Por eso no resultaba descabellado que honrara la promesa que le hice a papá y ocultara estos pormenores.

–Por los dieciocho años de mi *brother* –gritó el gordo, borracho, a mitad de su canción preferida y sacó a bailar a Melanie.

–¡Siempre he querido conocer Italia! –me dijo Victoria mirando a su prima y al gordo alejarse.

–No es la gran cosa que aparenta –contesté llevando mi Tom Collins a la boca–, pero si te interesa, un día podemos ir –agregué traviesamente.

–¡Jajá! ¿En serio?

–¡Claro! –dije agachando, a propósito, la mirada para dejarla pescarme mirando su escote.

–¡Qué lindo! –contestó con una sonrisa coqueta– Espero que la estés pasando tan bien como en Italia –agregó agitando su margarita.

–¡Mucho mejor! –contesté mirándola suspicazmente a los ojos.

Victoria tenía diecinueve años, era turquesa, de figura delgada y arqueada. Al gordo le entró envidia cuando la vimos porque era mucho más atractiva que su enamorada.